

**PALBRAS DE S.E. EL PRESIDENTE DE
LA REPUBLICA, CON MOTIVO DEL
DEBATE GENERAL EN LA 65°
ASAMBLEA GENERAL DE LAS
NACIONES UNIDAS**

Nueva York, 23 de septiembre de 2010

**Señor Presidente,
Señor Secretario General
Señores Delegados,**

Señor Presidente reciba nuestras más calurosas congratulaciones por su elección para dirigir los trabajos del sexagésimo quinto período de sesiones de esta Asamblea General. Sus cualidades humanas y profesionales son garantía de éxito en sus importantes y delicadas funciones.

Señor Presidente,

Vengo hasta este estrado en representación de Chile, un país alejado en el mapa, pero habitado por un pueblo cercano, solidario y

fraterno. Con una geografía angosta, pero con un corazón grande y generoso.

Un país físicamente cercado por una montaña majestuosa, un mar inmenso, un árido desierto y la maravillosa Antártica, pero con una permanente e irrenunciable vocación de integración al mundo.

Un país que, como tantos otros, conoció la división y el resentimiento entre sus hijos, pero que hoy se encuentra unido y reconciliado.

Un país con una naturaleza indomable y telúrica, pero con una voluntad y temple inquebrantables.

Un país de guerreros y héroes, pero que ha gozado de una paz ininterrumpida por ya casi 130 años.

Un país joven, pero con instituciones republicanas centenarias, que mira al presente con confianza y al futuro con optimismo.

Un país que vive tiempos históricos, dramáticos y de enormes oportunidades.

Históricos, porque hace sólo 5 días, los chilenos conmemoramos los doscientos años de nuestra independencia y le abrimos las puertas a nuestro tercer siglo de vida republicana. Y lo celebramos como una sola gran familia, unidos, abrazados, homenajando una misma bandera, honrando a los mismos héroes y cantando un mismo himno, cualesquiera fueran nuestras ideas políticas, credos religiosos, situación económica u origen étnico.

Pero Chile vive también tiempos dramáticos, de adversidad y tristeza. Hace pocos meses, nuestro país, sufrió el embate del quinto mayor terremoto y maremoto en la historia conocida de la humanidad. 521 compatriotas perdieron sus vidas y casi 2 millones resultaron damnificados. Ciudades y pueblos enteros fueron arrasados. Centenares de hospitales, consultorios, puentes, puertos, aeropuertos y edificios públicos quedaron inutilizables. 1.250.000 niños y jóvenes, 1 de cada 3, quedaron impedidos de iniciar su año escolar porque sus escuelas resultaron derrumbadas o severamente dañadas. El daño total, tanto público como privado, alcanzó los

US\$ 30.000 millones, equivalentes al 18% de nuestro PIB, constituyéndose en el mayor perjuicio patrimonial que nuestro país haya debido soportar en toda su historia.

Pero de las ruinas, se alzó un pueblo solidario y fraterno. En sólo 45 días logramos que todos nuestros niños iniciaran con normalidad su año escolar; en 60 días habíamos reestablecido el acceso digno y oportuno a los servicios de salud en las zonas afectadas. En 90 días construimos más viviendas de emergencia que las levantadas en toda nuestra historia; en 100 días habíamos reestablecido íntegramente la conectividad, habilitando total o parcialmente todos los aeropuertos, puertos, caminos y puentes inutilizados. Y en 120 días nuestra economía volvió a crecer y crear empleos, con una fuerza y vigor que no había mostrado desde hace muchos años.

Sin duda la labor de reconstrucción recién está comenzando y va a requerir un esfuerzo que nos tomará años. Pero pueden estar seguros que los chilenos no descansaremos hasta haber reconstruido cada una de las viviendas, escuelas, hospitales e infraestructura dañada.

Porque para un país como Chile, forjado por la adversidad, el rigor y el trabajo duro, toda crisis, por dolorosa que sea, representa una oportunidad; la oportunidad de construir un país mejor.

Pero además de históricos y dramáticos, estos son tiempos de enormes desafíos y oportunidades. Y ningún terremoto ni contratiempo nos va a impedir abrazarlas y aprovecharlas en plenitud.

Porque esta generación de chilenos, la generación del Bicentenario, está en condiciones de cumplir finalmente con aquel sueño que nuestros padres y abuelos siempre acariciaron, pero nunca alcanzaron: hacer de Chile, antes que termine esta década, un país desarrollado, sin pobreza y con oportunidades de desarrollo material y espiritual para todos sus hijos, como en nuestra América Latina no se han conocido jamás.

¿Cómo lo haremos?

En primer lugar, fortaleciendo los tres pilares básicos sin los cuales no es posible que

el desarrollo germine y las oportunidades florezcan: una democracia estable, participativa, transparente y vital, en el orden político; una economía social de mercado abierta al mundo y que apueste al emprendimiento, la libertad y la creatividad individual en el campo económico; y un estado fuerte, efectivo y eficaz en la lucha contra la pobreza y en la promoción de una mayor igualdad de oportunidades, en el ámbito social.

Pero para construir sobre roca y no sobre arena, ni siquiera lo anterior será suficiente. En este siglo XXI, debemos invertir también en los pilares de la sociedad del conocimiento y la información. Pienso en el desarrollo del capital humano de nuestra gente, que es la mayor riqueza de que disponemos; en el fomento de la innovación y el emprendimiento, que son los únicos recursos realmente inagotables con que contamos; en la inversión en ciencia y tecnología, que abrirá oportunidades insospechadas en el futuro; y en la promoción de mercados más dinámicos y flexibles, que son los que nos permitirán responder oportunamente y aprovechar en plenitud los

enormes y rápidos cambios y oportunidades que son el signo de nuestros tiempos.

Chile y la ONU

Señor Presidente,

Hace casi 65 años, Chile, junto a otros 50 países, concurrió a la formación de esta Organización de las Naciones Unidas, con el objetivo de mantener la paz, la seguridad y la cooperación internacional.

Era el período de la postguerra, en que nuestro planeta se encontraba cruzado y dividido por dos muros. Uno, la cortina de hierro, que corría de norte a sur y que separó al mundo en dos bloques irreconciliables, cada uno con la capacidad bélica suficiente para destruir varias veces el planeta. Y otro muro, que corría de este a oeste, y que apartaba a los países ricos y prósperos del norte, de las naciones pobres y subdesarrolladas del sur.

Ambos muros se derrumbaron antes nuestros ojos, junto con el ocaso del siglo XX. El primero en Berlín y en Europa Central, y el

segundo en Silicon Valley, Bangalore, Singapur, Nueva Zelanda y en los principales centros tecnológicos alrededor del mundo.

Pero su derrumbe dejó al descubierto un tercer muro, menos visible que los anteriores pero tanto o más nocivo y perjudicial. Un muro que ha cruzado desde siempre a nuestros países y pueblos, separando a los espíritus anquilosados, que viven de la nostalgia y que le temen al futuro, de aquellos espíritus creativos y emprendedores que abrazan el futuro sin temores, pues confían en que lo mejor está siempre por venir.

Un muro que impidió a muchas de nuestras naciones sumarse a la revolución industrial en el siglo XIX, lo que explica que aún hoy seamos subdesarrollados, mientras otras, las menos, supieron derribarlo a tiempo y subirse al carro del progreso. Un muro que los países en vías de desarrollo debemos superar si no queremos llegar tarde también a la nueva revolución, la revolución de la sociedad del conocimiento, la tecnología y la información, que está golpeando nuestras puertas y que será muy generosa con los países que quieran

abrazarla, pero tremendamente indiferente, e incluso cruel, con aquellos que la ignoren y la dejen pasar.

Y para ello deberemos profundizar nuestra integración, y gobernar de mejor manera la globalización, para evitar que sea ésta la termine por gobernarnos a nosotros. Las crisis financieras han dejado de representar un problema nacional, para adquirir implicancias regionales o incluso globales. Los males de la sociedad moderna, como el terrorismo, el narcotráfico y el crimen organizado ya no conocen de fronteras, territorios ni jurisdicciones. Y cualquier intento por enfrentar con eficacia el calentamiento global, las catástrofes naturales, las emergencias sanitarias, el hambre y la pobreza extrema, requerirán de una acción mucho más atenta, concertada y eficaz de la comunidad de naciones.

Esta Organización de las Naciones Unidas, así como otras instituciones surgidas del consenso de Bretton Woods, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, requieren con urgencia adaptarse a los nuevos tiempos si quieren cumplir un papel

protagónico y no ser meras espectadores de los eventos y cambios de este nuevo siglo. Y tal como en 1945, cuando Chile concurrió a la formación de esta Organización, y con la autoridad que nos da el haber participado activamente en cada una de sus instancias, operaciones de paz y misiones humanitaria, hoy queremos participar en el impulso y promoción de su reforma y modernización, de manera de contar con una institución más exigente en cuanto a sus objetivos y expectativas, más flexible en su estructura y firme en la defensa de los ideales permanentes para los cuales fue creada. En suma, una Organización de Naciones Unidas que esté a la altura de los desafíos y necesidades del siglo XXI, que no son otros que la paz verdadera, el progreso sustentable y el respeto a la dignidad de todos quienes habitan nuestro planeta

Entre otras reforma, destaco la modernización de su Consejo de Seguridad, de manera de hacerlo más plural y representativo de la nueva realidad mundial, para lo cual reiteramos nuestro llamado a incorporar a Brasil y otros países como miembros permanentes.

Quiero aprovechar esta ocasión también, para felicitar nuevamente a mi antecesora, Michelle Bachelet, por su reciente designación como Secretaria Adjunta de las Naciones Unidas para asuntos de la Mujer y expresar el orgullo, mío y de todo el pueblo chileno, por el hecho que sea una compatriota quien encabece este esfuerzo mundial por avanzar hacia una mayor igualdad entre hombres y mujeres. Y, desde ya, quiero también comprometer a nuestro gobierno con esta noble y justa causa.

Queremos también reafirmar nuestro compromiso con los principios que han regido y orientado por décadas a la política exterior chilena. Entre ellas destaco especialmente el respeto irrestricto del derecho internacional, la inviolabilidad de los tratados, la igualdad jurídica entre los Estados, la solución pacífica de las controversias y la autodeterminación de los pueblos, todos los cuales constituyen las bases esenciales de la estabilidad internacional y de la coexistencia pacífica entre las naciones. También, la promoción de la democracia y el respeto a los derechos humanos en todo tiempo, lugar y circunstancia, así como nuestro compromiso permanente por el multilateralismo, un regionalismo abierto al

mundo y una competencia económica leal y constructiva entre nuestros países. Chile no renunciará jamás a alzar la voz en todas las instancias y foros internacionales para ir en defensa de estos principios cada vez que no sean respetados debidamente. Porque mi país ha estado y estará siempre del lado de quienes defienden la dignidad y derechos de todo ser humano, de quienes requieran ser escuchados y de aquellos que luchan por la libertad, la democracia y los derechos humanos.

Chile y sus pueblos originarios

Señor Presidente,

La globalización ha traído consigo, en el mundo entero y por cierto en Chile, un verdadero renacimiento de las identidades locales y, particularmente, de nuestros pueblos originarios. Ello, lejos de ser un problema, representa una magnífica oportunidad para empezar a hacer justicia y promover un auténtico reencuentro con los pueblos que habitaron nuestras tierras miles de años antes que llegaran los descubridores y conquistadores europeos.

Los chilenos nos sentimos muy orgullosos de ser una Nación multicultural. Pero no podemos dejar de reconocer que, por siglos, las oportunidades para el progreso material y espiritual de nuestros pueblos originarios no han estado a la altura de sus necesidades.

Es por ello que nuestro gobierno se ha propuesto darles el reconocimiento constitucional que, con razón, demandan. Esta reforma constitucional va a dejar atrás la estrategia de mera “asimilación” seguida hasta ahora, para avanzar a una de auténtico respeto, valoración y protección de su idioma, cultura y valores, todas las cuales son parte fundamental de nuestra identidad como Nación. Este reconocimiento constitucional, unido a la plena vigencia que en Chile ha adquirido el Convenio 169 de la OIT, van a permitirles a nuestros pueblos originarios participar de la vida social y organizarse conforme a sus propias costumbres y tradiciones.

Además, junto con la constitución, esta semana, de una mesa de diálogo integrada por el Gobierno, las Iglesias y representantes de la

sociedad civil y del pueblo Mapuche, la cual reforzará nuestra agenda de Reencuentro Histórico con nuestros pueblos originarios y el Plan Araucanía, la iniciativa más audaz, potente y ambiciosa que gobierno alguno haya implementado hacia nuestros pueblos originarios, y que nos va a permitir recuperar el tiempo perdido y empezar a mejorar de verdad la calidad de vida y las oportunidades de desarrollo de nuestros hermanos indígenas.

Mi gobierno reitera hoy, una vez más, nuestra permanente y decidida voluntad de diálogo y entendimiento, sin condiciones ni imposiciones de las partes, con todos nuestros pueblos originarios, e insta a quienes han optado por el camino del enfrentamiento, la violencia y la coacción a deponer su actitud y unirse al espíritu de paz, armonía y unidad con que Chile entero está conmemorando su Bicentenario.

Señor Presidente,

El 5 de agosto pasado, un escalofrío recorrió mi país y luego se extendió por el mundo entero. Un derrumbe de una roca, de casi un millón de toneladas, en una de las tantas

faenas mineras que existen en nuestro desierto de Atacama, dejó atrapados, a 700 metros en la profundidad de la montaña, a 33 mineros.

A partir de ese instante, nuestro Gobierno y Chile entero volcó sus mejores recursos humanos y materiales, públicos y privados, para ir en la búsqueda y rescate de nuestros compatriotas.

Durante 17 largos y angustiosos días, y luego de muchos esfuerzos frustrados, no pocos perdieron las esperanzas de que los encontraríamos con vida. Pero el 22 de agosto pasado, a través de una sonda, recibimos de ellos un mensaje manuscrito que quedó para siempre grabado en nuestros corazones y mentes, en que nos decían, textualmente, *“Estamos bien, en el refugio, los 33”*.

Representa una triste paradoja y contradicción que mientras el país entero hace sus mejores esfuerzos para salvar la vida de 33 mineros, 34 comuneros atenten contra sus propias vidas a través de una huelga de hambre que, como Presidente de Chile, pido con

humildad y respeto ser depuesta y sustituida por los caminos del dialogo y el entendimiento.

Ante este foro de líderes de todo el mundo, queremos destacar el ejemplo de coraje, perseverancia, compañerismo y esperanza de estos 33 compatriotas que iluminara nuestros caminos hacia el futuro.

Porque el futuro es siempre una aventura. Para los pesimistas significa temor: para los escépticos significa dudas; pero para los chilenos y todos los hombres de buena voluntad del mundo significa desafíos y oportunidades, que debemos enfrentar con fe, voluntad y coraje, para construir un mundo mejor que el que heredamos de nuestros padres y que tenemos el deber de legar a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos. Y este desafío es ahora y nuestro. ¿Porque si no es ahora, cuándo? ¿Y si no somos nosotros, quién?

Muchas gracias